

Alberto Carrillo Cázares, *La primera historia de La Piedad: "El Fénix del Amor"*, prólogo de Andrés Lira, León, Gto., El Colegio de Michoacán-Foro Cultural Piedadense, 1990, 302 p. + 140 p. (facsimil) + 20 p. (notas al facsimil), mapas, ils.

El volumen contiene un estudio literario e histórico de Alberto Carrillo Cázares acerca de la obra, cuyo barroco título completo es: *El Fénix del Amor, aparición magna, ilustrada en la milagrosa efigie de Christo señor nuestro en la espiración de la cruz, tradición panegyrico histórica del Santísimo Christo de la Piedad*, publicada el año de 1764 en México en la prestigiosa Imprenta de la Bibliotheca Mexicana y cuyo autor fue el culto sacerdote

criollo Agustín Francisco Esquivel y Vargas (1714-1771). Dicho libro refiere la aparición milagrosa, en 1687, de una imagen de Cristo crucificado en un lugar cercano a donde se encuentra actualmente La Piedad, Michoacán. La efigie y su tradición, recogida por Esquivel y Vargas, se convirtió en un símbolo de la mayor importancia para el entonces minúsculo poblado de San Sebastián de Aramutarillo, ya que le tocó a éste por sorteo acoger al crucifijo, al que se le dio la advocación, también por sorteo, de Señor de la Piedad, de donde tomará su nombre la población, y la cual iniciará entonces un proceso de crecimiento que la llevará en 1748 a convertirse en sede parroquial, independiente de la de Tlazazalca de la que hasta ese momento formaba parte; precisamente su primer cura párroco será el autor de *El Fénix del Amor*, quien se convirtió también en su primer historiador.

Otro ex párroco piedadense, don Alberto Carrillo Cázares, es el autor del estudio que nos ocupa, el cual se presentó originalmente como tesis de maestría en el Centro de Estudios de las Tradiciones de El Colegio de Michoacán.

Don Alberto estudia *El Fénix del Amor* desde diferentes puntos de vista como son el historiográfico, el literario y el simbólico. Nos muestra a dicha obra como emblema de fundación del poblado de La Piedad, en la cual se reflejan "los rostros y las huellas de los primeros piedadenses", quienes fueron influidos notablemente por sus autoridades civiles y eclesiásticas, las primeras representadas por el alcalde mayor, autoridad que desde 1707 se trasladó, junto con otros vecinos españoles, de Tlazazalca a La Piedad debido a un motín indígena en la primera población, hecho que aumentó la importancia del poblado.

Destaca el capítulo dedicado al "inventor de La Piedad": Agustín Francisco Esquivel y Vargas, en donde se nos muestra la trayectoria eclesiástica y académica del primer párroco piedadense (tomó posesión como tal el 19 de mayo de 1748), quien obtuvo el doctorado en Teología, en 1751, en la Real y Pontificia Universidad de México y llegó a ser rector fundador del Seminario Tridentino de Valladolid de Michoacán (1770).

Concluye don Alberto su investigación mostrándonos cual fue la dinámica propia de poblamiento que siguió La Piedad, dentro de un clima de integración de los diferentes grupos étnicos que la conformaron y que pudieron convivir y fundirse armónica-

mente. Lo cual se debió a que La Piedad no fue pueblo de indígenas, ni se fundó formalmente como villa de españoles, sino que en sus orígenes fue un lugar que recibió a diferentes grupos de personas que quisieron *avecindarse* ahí, especialmente a partir de la última década del siglo xvii y las primeras del xviii, es decir en la misma época en que se produce la invención, como la llama Esquivel y Vargas, del Señor de la Piedad; por ello, esos rostros mestizos, criollos y mulatos que asoman por las páginas de *El Fénix del Amor* son los de sus reales y verdaderos fundadores, quienes: "en torno a un símbolo sacro, que ejerció con eficacia su función religiosa, re-ligadora, se *avecindaron* aquí, y plantaron un pueblo representativo de los siglos xvii y xviii en el Bajío" (p. 262).

A continuación del estudio literario e histórico se editó en forma facsimilar *El Fénix del Amor*, con útiles notas de don Alberto Carrillo, en las cuales traduce los textos latinos y aclara diversos puntos.

Para llevar a cabo la obra que hoy tenemos en nuestras manos, su autor realizó fructífera labor de investigación en archivos y bibliotecas del país y del extranjero.

La edición va acompañada de amplias bibliografías e índices onomásticos, geográficos y de materias, así como de bellas ilustraciones, fotografías y mapas.

Creemos que esta obra es una prueba palpable de los buenos y abundantes frutos que sigue produciendo la microhistoria para beneplácito de sus lectores y de las ciudades, pueblos y regiones que están revalorando su propia historia y tradiciones.

SALVADOR MÉNDEZ REYES